

**LA  
CIUDAD  
DE  
LAS  
ALMAS  
PERDIDAS**

**- 2a Parte -**

**-Novela-**

**Oscar A. Bachoir**

- 1991, 1992 por Oscar A.. Bacheir Caparó

DGDA I –0331

- 1993 por Oscar A. Bacheir Caparó

Derechos registrados para la segunda edición,

Conforme a la Ley 13714

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier

Medio sin permiso escrito del editor:

[info@bacheir-caparo.com](mailto:info@bacheir-caparo.com)

<http://bacheir-caparo.com>

Arequipa

PERU

## VIII

Ver aclarar al Parque Griffith, cuando los árboles en invierno se mojan con la bruma y se ven deshojados, cuando parecen amanecer medio encorvados por el frío, es ver al mismo tiempo caer los primeros rayos del sol sobre el césped, las flores recién abrir sus pétalos y los pájaros dejar de monetear a grillos y buhos.

El Pueblo de Nuestra Señora Reina de los Angeles parece, muy al contrario, no amanecer muy húmedo, pues en vez de gigantes secoyas, sólo se divisan edificios, fábricas y residencias, que hacen del parque Griffith en medio de la gran metrópolis, un lugar acogedor para quienes gustan de la vegetación, el descanso, los deportes, visitar el zoológico o el observatorio astronómico de la ciudad.

Era una de esas mañanas de invierno cuando Phil, el guardián del parque, salió de su oficina restregándose los ojos después de una larga siesta. Salió y pareció bostezar, y después de levar el pantalón, ajustar su correa y arreglar su visera, comenzó la rutina de todos los días.

Empezó a caminar y saludó a los primeros que pasaron corriendo por las veredas centrales rumbo a las colinas del parque. Cuando estuvo cerca a las bermas que dan a Los Feliz Bulevar, levantó el brazo y saludó a dos “homeless” quienes le contestaron el saludo y pasaron empujando carritos de metal en desuso, que los llenan de botellas, latas, periódicos y cachivaches que recolectan con el fin de reunir algunos centavos para sobrevivir durante el día.

Después, curiosamente, se le acercó un perro moviendo la cola. Empezó a acariciarlo y sacando unas galletas que tenía en el bolsillo se las dio.

- Le han gustado ¿verdad? – dijo Hal quien apareció a sus espaldas.

- ¿Es su perro? – preguntó Phil.

- No, lo he criado pero siempre me sigue y eso es lo curioso –dijo-. Le he puesto por nombre “Toni”.

-¿No es muy bonito para ser un perro sin dueño? – preguntó Phil.

- Muy leal más que bueno el perrillo –dijo Hal.

Phil seguía acariciando al perro y miró a Hal. Dijo:

“Mi nombre es Phil. Soy el guardián del parque. Estoy a sus órdenes”. Y le tendió la mano.

-Mucho gusto. Smith, Hal Smith a su servicio – le respondió.

-¿Vive usted por aquí? –preguntó Phil.

-No. Realmente no tengo un lugar donde dormir.

- ¿Y anoche ha dormido aquí?

- No, dormí en una banca de Gardena, pero estoy buscando un refugio por aquí cerca.

-La verdad no está a mi alcance ayudarle con algún lugar en estos momentos. Aquí, como sabe el parque es frío y húmedo porque corre por la noche mucho viento.

-Sí, eso es lo que me dijeron, por eso no he querido quedarme, pero vine porque algo me atrae y no sólo es la vista maravillosa de este parque sino algo más.

En ese momento el perro paró las orejas como interesado en el tema.

-¿Verdad Toni que nos vamos a quedar?

-Guau, guau, - ladró el perro-. De pronto se escurrió entre las manos de Phil y de un salto empezó a correr.

Hal lo llamó con un silbido, pero lo único que hizo fue sacar la lengua a la distancia, mover la cola y mirar a Hal. Después echó la carrera nuevamente como alma que lleva el diablo.

-Creo que me quiere para algo -dijo Hal-. Ya regreso.

Hal apuró el paso y a pesar de su edad, parecía correr agarrando a velocidad un trotecillo. Llamó al perro nuevamente pero se le escapaba y no quería perderlo pues le hacía compañía en las últimas noches solitarias.

El perro cruzó la pista de Los Feliz y se metió entre unos matorrales. Cuando llegó Hal no lo pudo localizar sino hasta que escuchó el ladrido.

- Ah bandido –pensó-, ahora sí que te agarro.

Hal se deslizó entre los arbustos que cubrían la autopista número cinco que por allí pasa y al encontrar al perro, se halló en medio de un descampado escondido.

Golpeado por el cansancio se echó bajo la sombra de un pequeño árbol y lo mismo hizo Toni quien le oleteaba la cara y le lamía las manos.

Hal cerró los ojos y quedó dormido. Había soñado con un suelo espaciado de copos de algodón que le sirvieron allí mismo para rellenar un colchón y fabricar una almohada. Dos horas más tarde despertó.

Los días que vinieron fueron diferentes a los demás porque Hal se sintió menos cansado y más confortado y porque el lugar que había descubierto era más tibio durante las noches y se hallaba escondido a la visibilidad de policías y autoridades de transporte.

Sin embargo, la mira en su pensamiento apuntaba a quedarse, sabiendo que para eso necesitaba un refugio así fuera un cuchitril.

Para construir su casa decidió hacer un plano, que lo terminó en media hora usando la rama de un árbol en vez de un estilógrafo y la superficie arcillosa de lo que había sido un charco en vez de un tablero de arquitectos. La casa sería comodísima, con sala de estar para recibir a los invitados, una cocina y un dormitorio, excepto baños, tendría que ir hasta el parque a usar los públicos por lo que se paga veinticinco centavos.

El empeñoso proyecto empezó un día de invierno, a lo largo del cual, no sólo se dedicó a recolectar latas, periódicos y botellas – como los otros

Homeless- sino también a traer pedazos de madera que encontraba tirados en el camino y en basureros municipales.

Pasadas algunas semanas y debajo de las columnas, sólo se miraban montones de palos, tablas y hasta planchas de triplay a medias que había hecho atados y que más se veía como un arsenal de leña, suficiente como para incendiar Troya.

Fue así que poco a poco, el pequeño constructor edificó su morada, empezando desde abajo, buscando soportes, colocando vigas, colocando un tronco aquí, otro allá, hilbanando tablas, ajustando alambres con sus manos a falta de alicates, clavándolas con piedras lisas y amorfas a falta de martillo, nivelándolas con otras maderas a falta de cepillo.

Cuando la obra estuvo casi culminada, las lluvias llegaron constantes y finalmente cedieron. Todavía sentía una sensación de humedad en los huesos por los días dormidos a la intemperie, bajo la lluvia, pues el agua había empapado el suelo, pero ya no hacía tanto frío y se avecinaba la primavera. Los pájaros comenzaron a cantar y los jardines del parque a florecer. El aroma de las flores invadía la Ciudad, aún solitaria.

## IX

Un día en que Hal se encontraba tomando un pequeño desayuno, que por lo general era de dos panes con mantequilla y una manzana, un hombre se acercó y tocó su puerta.

Hal contestó el llamado y al abrir la puerta se encontró con la figura de un hombre delgado, pero de rasgos fuertes, rudos. Los ojos color caramelo impresionaban por el sentimiento que reflejaban, una curiosidad por saber quién era el hombre solitario que vivía en esa cabaña tan bien diseñada.

El pelo color higo maduro era tupido y semiondulado; no había sido cortado recientemente, de modo que le cubría las orejas.

-Buenos días –le dijo-. Mi nombre es René Meléndez y vengo porque hoy no tengo un lugar donde dormir.

Hal no era objeto de intensa curiosidad porque pocos sabían que allí vivía y porque no había manera de enterarse, además no tenía familia, pero no le molestó en absoluto la visita del forastero y se mostró con él tan cordial, que le tomó desprevenido.

Hal le tendió la mano y se presentó con con una frase que con el tiempo se le haría costumbre decir: “mi nombre es Hal Smith, y soy el alcalde de esta Ciudad”.

Lo invitó a entrar para que desayune con él, por lo que Meléndez olvidó que estaba en casa de otrora homeless, y aunque no era mandatorio, no pudo resistirse. Aceptó la invitación de Hal y entró a la casa detrás de su anfitrión; una vez adentro observó todo lo que estaba a la vista almacenándolo en su memoria para poder contar con lujo de detalles a los amigos más cercanos.

Lo que Meléndez llegó a ver no fue mucho, pero la sencillez misma de los muebles era en sí una historia, bastaba sólo eso para crear un cuento. Meléndez apenas disimulaba su alegría por lo que estaba viendo.

Siguió a Hal a través de un corto y oscuro pasillo y después de pasar la sala de estar llegaron hasta la cocina.

Era una cocina sencilla. Lo primero que llamaba la atención era una mesa cuadrada de madera con un candelabro a medio caerse y una vela semiderretida. Fuerte y compacta, su tablero era una madera de tres centímetros de espesor, sin ninguna cubierta.

Las tres sillas que rodeaban la mesa eran hechas a mano –tres banquitos por los que uno no daría ni medio- y aunque si bien no eran finos, eran resistentes; reflejaban el temple de quien los había hecho.

La silla más compacta y la que más usaba, era la que chocaba con la ventana y que estaba junto a la mesa, porque las otras dos las tenía en un rincón en cada una de ellas colgaba un pantalón con su correa y de la otra un saco de terno de segundo uso.

Hal movió una silla y se la ofreció a Meléndez. Este se sentó y continuó carburando todo lo que tenía a la vista, ante los ojos de Hal quien sabía que estaba pasando una inspección minuciosa.

-¿Desea una manzana? –preguntó Hal. Estoy desayunando y me gustaría que me acompañara.

A Meléndez le impresionó el acercamiento de alguien que era casi extraño.

-No. Bueno, está bien, creo que sí –titubeó, mientras se pasaba las manos por las mejillas.

El sabor de las manzanas calmó los ánimos y Meléndez engulló la suya de tres mascadas sin verificar si había algún gusano. Ni la cortó, ni se la sirvió, ni nada. Poco acostumbrado a reprimirse, no dejó ni la cáscara, ni siquiera las semillas.

MeléndeZ preguntó a Hal si esperaba a alguien.

Con seriedad de policía Hal le contestó:

“Tenía el presentimiento que alguien me iba a visitar, por eso me preparé para recibirlo, por si a caso. Hoy compré cuatro manzanas en vez de tres”.

MeléndeZ le miró y sentía que la manzana ya le hacía efectos.

-¿O sea que me puede invitar una más? – preguntó.

-Me gustaría muchísimo – dijo-, pero no puedo sacrificar el desayuno de mañana porque como dice el refrán: “una manzana cada día...” Sin embargo, replicó, si quiere partimos un meloncito que me regaló Phil, el guardián del parque.

MeléndeZ se sintió medio incómodo. Trató de cambiar el tema y atinó a decir: “y bueno, dígame, ¿cómo es eso que ésta es una ciudad si sólo veo esta casa?”

Es verdad, es la única –contestó Hal-, pero habrán muchas más pues la extensión del área permite construir unas ocho aproximadamente.

MeléndeZ preguntó cómo podía estar tan seguro del cálculo y Hal, después de pararse de la mesa, lo invitó a salir, pues afuera todavía se conservaba en la greda el plano que hizo de su casa. Las dimensiones las tenía en la mente.

Salieron y MeléndeZ tardó en comprender qué es lo que Hal quería mostrarle en el descampado. Se acercaron al plano y Hal se puso en cuclillas tomando la rama del árbol que la había dejado allí mismo.

-Mire MeléndeZ – le dijo-, este es el plano de mi casa y el resto es el área del descampado.

MeléndeZ se quedó sorprendido y después se sentó en cuclillas mirando el diseño mientras Hal se lo explicaba.

-Las casas por más pequeñas que sean, deberán tener cocina y un dormitorio – dijo-. La sala de estar es opcional. Y si quiere vivir aquí deberá tener una porque estoy necesitando gente – añadió.

MeléndeZ empinó las cejas y con los ojos bien abiertos lo miró y le dijo:  
“¿cuánta gente necesita y para qué?”

-Necesito un Sheriff que viva permanentemente y que cuide la Ciudad. Asimismo un juez para que resuelva los conflictos internos que se susciten entre los residentes y decrete quién puede alojarse y quién no.

“¿Le gustaría ser Sheriff”, insinuó Hal, cortésmente.

-Alguna vez quise serlo – contestó-. La paga es buena pero los jefes son unos desgraciados. Siempre tratan de intimidarlo a uno para sacar algún beneficio.

-Pero podrás ayudar a mucha gente porque se necesita alguien quien representa a la ley y si para poner orden tienes que ser fuerte, tendrás que serlo –afirmó Hal-. La ley es dura, pero es la ley.

MeléndeZ movió la cabeza dejando saber que el “puesto” le había interesado. Se levantaron y se dieron la mano seguido de un abrazo. Después se dirigieron nuevamente a la casa de Hal, entraron y tomaron asiento. Esta vez Hal lo dejó esperando mientras entraba a su alcoba y sacaba de allí una estrella plateada que él mismo hizo de una plancha de aluminio. Regresó y mirando a MeléndeZ le dijo: “bienvenido a la Ciudad de las Almas Perdidas señor Sheriff”.

-Ahora debe jurar

## X

En ese tiempo, trabajaba para una compañía pelando fresas. Las distancias y la falta de recursos económicos me golpearon y sólo tenía una alternativa: trabajar.

La empresa que se especializaba en la producción de tortas y pays de todos los colores y sabores tenía un área de producción extensa en la cual se laboraba tres turnos.

La rutina de levantarme temprano, llegar a la compañía, ponerme el uniforme y empezar a descargar de las congeladoras los cajones de fresas para sacarles yo solo los “rabitos”, había sido tan monótono durante meses que terminé por renunciar y dedicar parte de mi tiempo al deporte y la lectura.

Fue así como llegaba al parque Griffith por las mañanas en buzo deportivo, a veces solo, otras acompañado y llevando raquetas o de vez en vez una pelota de fútbol. Siempre encontraba allí a Phil, y las primeras veces no rehusó en absoluto hablar conmigo sobre diferentes temas que venían al caso. Hablábamos del Perú, de Machu Picchu, de las líneas de Nazca, del Monasterio de Santa Catalina en Arequipa, en fin de todo lo que se relacionara a viajes, turismo, aventuras y hasta nos contábamos chistes colorados. La mañana era más amena hablando con él y viendo pasar frecuentemente al hombre incógnito de quien siempre tuve la intención de escribir.

Habían pasado años cuando César Arévalo, quien había sido nombrado Juez, dio la orden y recién pude pasar.

Era la primera vez que entraba a la Ciudad de las Almas Perdidas, sin la mayor intención que conocer a Hal Smith, su alcalde, pues siendo yo amigo de

Phil, me había hablado mucho de él y parecía raro que ya no lo viera caminar por el parque las pocas veces que regresé a correr.

-Hal ya casi no viene – dijo Phil-. La última vez que lo vi, fue la semana pasada pero tengo la sensación que uno de estos días va aparecer.

Phil era buen amigo y para mi suerte hablaba español, entonces nunca se me hizo difícil trabar conversación con él.

-Aquí vienen muchos turistas –susurró-. Personas de todos los lugares que visitan el zoológico y casi siempre preguntan por los baños o lugares de estacionamiento.

Phil siempre se caracterizó por ser muy abierto con la gente y estoy seguro que es por eso que se llevaba tan bien con Hal.

-Si quieres hablar con él, te puedo indicar cómo llegar – insinuó, cortésmente-. Sigue de frente por la berma central del parque hasta que llegues a Los Feliz Bulevar. Volteas a tu izquierda, como yendo a Gardena y vas a ver un descampado que está cubierto por los arbustos que tapan las columnas de la autopista número cinco.

Cuando llegues – continuó-, vas a ver una puertita pequeña de madera. La tocas despacio; Meléndez seguro que te va a atender porque es el Sheriff. Le

-El señor Hal Smith se encuentra ocupado en estos momentos. Dígame que puedo hacer por usted.

-Fíjese –le dije-. He leído en la edición de Los Angeles Times del 17 de enero, un reportaje que le hicieron al señor Hal Smith sobre esta Ciudad.

-Ah, entonces usted es periodista – afirmó.

Lo miré fijamente y empecé a pensar qué respuesta le daría.

-Ya sabemos que los periodistas están detrás de nosotros. Si es así, le recomiendo que se vaya por el lugar por el que vino –insistió.

En ese instante recordé lo que Phil me dijo.

-Usted es el Sheriff de esta Ciudad ¿cierto? – pregunté.

-Sí soy el Sheriff, ¿y usted de dónde sabe tanto?

Saqué mi billetera donde siempre guardo la foto de Gladis y se la mostré.

-Estoy buscando a esta persona –le dije.

Miró la foto. “Qué bonita” – dijo entre dientes.

-¿Es usted policía?

-No señor, ni siquiera investigador privado.

Me miró como pensando que le estaba mintiendo. Y creo que estaba en lo correcto pues yo mismo lo justificaba por fines literarios.

-¿Qué tiene que ver esto con su visita? No entiendo por qué quiere ver al señor Hal Smith – añadió.

-Alguien me ha dicho que él la ha visto por aquí -dije.

-¿Cree usted que una persona como ella vendría hasta aquí para quedarse?

-La verdad no lo creo señor – murmuré cohibido-. Pero debe entender que cuando se quiere a una persona es difícil darse por vencido.

-Eso puede ser verdad –repuso-. Pero no le creo una sola palabra. Déjeme ver sus documentos y algo de dinero en garantía si usted quiere entrar – insinuó.



Allí toqué su puerta.

Al ver a Hal Smith las cosas fueron diferentes. Me presenté y cordial desde un principio, me hizo pasar a la sala de estar y me alcanzó una de sus sillas.

El hombre que bordeaba los sesenta y gobernaba a su gente por consentimiento común no tenía saco y ni corbata. Lucía una camisa a rayas que aunque manchada se veía decorosa. Una correa color negro sobresalía del pantalón gris que no hacía juego con el color de sus zapatos, pero a pesar de esto, el hombre era amable con lo poco que tenía.

-Meléndez me ha dicho que desea hablar conmigo - confesó-. Me ha dicho algo sobre una chica.

-Sí señor –dije-. Agradezco mucho me haya recibido de esta manera. Me siento como en mi casa.

Se reclinó en la silla como poniéndose cómodo e hizo un ademán con su mano como cediéndome la palabra.

-Soy amigo de Phil – dije-. Le voy a ser sincero. He venido a hablar con usted porque leí un artículo sobre esta ciudad la semana pasada.

-¿Me va hacer otro reportaje? – preguntó.

-No señor –contesté-. Mi proyecto es algo diferente. Escribir un libro, usted sabe, algo así como una novela.

-¿ Una novela?

-Sí. Una novela sobre la “Ciudad de las Almas Perdidas”.

Seguía pensativo mientras trataba de adivinar como sería el argumento del supuesto libro.

-¿Usted va a escribir una novela? –volvió a preguntar.

-Sí señor.

-¿Va a escribir sobre mí o sobre la Ciudad?

-Sobre ambos – le dije-. Sé perfectamente que usted y la Ciudad son como uno.

Quedó pensando nuevamente mientras yo sacaba el recorte del periódico que lo había traído conmigo.

“ El Estado rechaza los pedidos de la Ciudad de las Almas Perdidas” – dijo.

-Sí, eso dice aquí –repuse, pasando rápidamente la vista por el titular del artículo.

-¿Cuánto tiempo lleva usted viviendo aquí? – pregunté.

-Cinco años, dos meses y tres días.

-¿Y en todo ese tiempo nadie se enteró de la Ciudad?

-Casi nadie.

Hal vaciló antes de añadir-. Excepto por los trabajadores que limpian la autopista.

-¿Los trabajadores?

-Sí. Ellos nos conocían desde hace un buen tiempo. La navidad pasada nos regalaron panetones.

-Y si nadie más los conocía ¿cómo es posible que hayan publicado ese artículo en Los Angeles Times?

-Por el aviso de despedida que hemos recibido -dijo-. El regidor de transportes de la municipalidad nos lo hizo llegar hace poco más de una semana.

-¿Por qué motivo quieren que se vayan?

-Dicen que por motivos de seguridad, ya que por aquí pasa la autopista que va hacia Sacramento.

-Pero ustedes viven debajo, eso no interfiere en nada ¿verdad?

-Cierto, pero también alegan que hay razones de salubridad. No tenemos agua, luz ni desagües.

-¿Y podría decirme en qué afecta eso al Estado?

-Por supuesto. Ellos piensan que somos una responsabilidad para el Estado. Si algo pasara en la autopista, “ellos” serían responsables.

-¿Responsables? ¿Pero en qué sentido?

-En el sentido legal –dijo.

-¿Así que so pena de desalojo tienen que irse?

-Efectivamente. Tenemos quince días más de plazo. Si no nos vamos, vendrá el desalojo y la demolición.

-¿Y ustedes ya tienen una solución? –insistí.

-Hemos tenido una reunión entre todos los residentes y queremos apelar a la resolución pero dicen que es mandatorio.

-¿Y no hay ninguna acción que les permita quedarse?

-La única, el apoyo de la poca gente que nos conoce. Aquí no tenemos voz ni voto porque somos pobres.

-¿Y usted no habló con ellos?

-Sí. Pero no me reconocen como alcalde de la Ciudad.

-¿Y al señor Arévalo no lo reconocen como juez?

-Tampoco. Ni a Meléndez. Ambos poco han podido hacer por convencerlos.

-Ustedes son una familia –insinué, algo triste.

-No se equivoca. Somos una familia. Cuando hay algún problema tenemos asamblea en una mesa grande. Este es un pueblo, y durante años lo hemos construido y conservamos algunas tradiciones. Mucha gente que venía aquí, sentía que estaban perdidos y que no tenían un lugar a donde ir. Nos complacimos en tenerlos, son seres humanos también –añadió.

-Están luchando por su vida –afirmé.

-Estamos luchando por lo que no queremos abandonar – dijo, cabisbajo.

Traté de confortarlo. Sabía que mis intenciones eran también limitadas pero que si algo podía hacer era tratar de remediar la situación.

-Le prometo que hablaré con el regidor del concejo. Esto es si me recibe.

Le aseguro que sí y le digo que después de un buen tiempo lo buscaré para que conversemos y me cuente algo más sobre la historia de la Ciudad.

Ahora, debo irme, pero no sin antes agradecerle por su amabilidad en haberme recibido. Acaso vuelva con su nombre inscrito en alguno de mis libros.

El asiente y nos despedimos con un apretón de manos.

No tuve dificultad al despedirme de Meléndez quien me devolvió mis pertenencias, ni en salir de la Ciudad para llegar a Los Feliz Bulevar.

Imagino lo que la plena luz del día mostrará, cuando las motoniveladoras se acerquen y derrumben sus casas, en medio de las cuales estarán Hal, Meléndez, Arévalo y los demás, presenciando, acaso entre lágrimas, la destrucción del amanecer de sus vidas.

## XI

Gless parece ser la comunidad perfecta.

El local de la escuela primaria que alberga a cientos de niños en la comunidad, está localizada directamente frente a la iglesia. A un costado del bloque, están todas las casas con jardines enrejados y pórticos amplios y serpentinos. Al otro lado de la calle existe un amplio complejo de apartamentos y los edificios individuales están pintados con colores llamativos y encendidos: rosado, violeta y azul. Incluso, tiene un área de juego, con facilidades hechas de metal coloreado y plásticos envueltos, en los que muchos niños que viven allí pueden jugar.

También juegan en las veredas y las madres sacan a los infantes al atardecer, empujándolos en paseantes o llevándolos de la mano. Los jóvenes del barrio llaman o saludan a los vecinos que pasan en automóvil.

Dos veces por día, un rodante de helados pasea por las calles dejando una estela de música y niños complacidos.

Gless parece inmune a la confusión social.

Parece apacible y su gente vive sencillamente.

Pese a que la población de Gless era muy cordial, por tradición familiar constituían grupos claramente definidos y sabían exactamente a cual pertenecían. A lo largo de años habían surgido ocasionalmente profundas amistades individuales que iban mucho más allá de los tragos o las reuniones de semana. Entre los residentes había una mezcla de nacionalidades pero predominaba la Latina –mexicanos, puertorriqueños, centroamericanos, etc- y el idioma también se encontraba mezclado: se hablaba inglés, español y spanglish.

Las relaciones sociales han estado estrechamente entrelazadas en la comunidad y un extraño ha tenido pocas esperanzas de llegar a formar parte del grupo, y extraño es todo aquel que ha vivido allí menos de quince años.

En Gless las amistades han nacido desde la infancia. Han crecido junto con los amigos a través del tiempo, pero cuando ésta escena puede fácilmente ser percibida como idílica, la noción de la comunidad se rompe con una inspección más cercana del vecindario.

Los apartamentos son proyectos de vivienda para familias de bajo ingreso y el rodante de helados tiene barrotes en sus ventanas. Casi todo joven de la cuadra, pertenece a una de las diez pandillas que existen en los límites de la comunidad. Los jóvenes, por ejemplo, se niegan a conocer a los transeúntes, a menos que establezcan que el caminante no pertenece a una pandilla rival o que no pueda cruzar con su coche, sin bajar la ventana, sacar una pistola, abrir fuego y desaparecer dejando atrás uno o dos amigos muertos. Eso es todo lo que la gente joven de Gless ha conocido; no sólo es su pasado, sino que muchos de ellos creen, es también su futuro. No pueden ver a través de su alrededor nebuloso de pobreza y violencia e imaginan cualquier cosa para ellos. En conclusión, la mayoría de ellos ni tratan.

Ese fue el panorama que el padre Thomas conoció hasta que llegó a la iglesia de Gless, John Clark, un sacerdote jesuita de treinta y tres años que había bajado de las alturas de Bolivia.

Los primeros días, las conversaciones fueron principalmente sobre la vida de Hal Smith, a quien el padre Thomas recibiera en la iglesia después de la demolición de la ciudad de las Almas Perdidas que en verdad le arrancó la mitad de su vida, prácticamente lo único que había creado y que le quedaba, lo que le obligó a llegar a El Paso, Texas, su ciudad natal, como premonición de lo que vendría después: su muerte.

Fueron conversaciones muy interesantes, pues el padre Clark comprendió que muy pocas veces un hombre construye o diseña una ciudad, y más curioso era todavía el nombre que le puso.

“El nombre se lo puso debido a que muchas personas no tenían un refugio y se encontraban como almas perdidas”, confesó el padre Thomas, con su voz calmada.

Clark le escuchó y sólo imaginaba a Hal. “Qué pena” –pensaba-, pues en el fondo por todo lo que escuchaba, sabía en realidad que Hal había sido una buena persona.

El padre Clark, límpido y de buen corazón, ocupó el puesto de pastor de la iglesia sin saber que el destino le deparaba construir una escuela y vivir en la nueva ciudad de las almas perdidas, es decir Gless, que tenía un índice creciente de pandillas por encontrarse en el este de Los Angeles.

Con el transcurrir de los días, la gente fue conociendo a Clark y éste tuvo cada vez menos tiempo para estar solo.

Aún cuando estaba ocupado, nunca lo estaba tanto como para no poder sentarse a conversar cuando alguien iba a verlo. Su felicidad y temperamento agradable parecían atraer a la gente y su buen ánimo era contagioso. Cuando una visita se retiraba, solía hacerlo con una profunda sensación de paz y un renovado entusiasmo por la vida. El concepto que Clark tenía por la vida, que a la gente la dejaba liberada y contenta hasta que ella misma volvía a complicar las cosas aún más.

Especialmente a los jóvenes les gustaba visitarlo y gozaban al escucharlo. Era un buen conversador, no sobre cosas triviales, sino sobre lo que observaba durante el día: cosas interesantes de la vida, o cosas facinantes que le pasaron, detalles que muchas veces los demás no solían estar ocupados para ver.

Cada vez eran más las personas que le llevaban sus problemas. Clark resultó poseer una profunda percepción de la naturaleza humana, y los que seguían generalmente sus consejos les iba bien.

La mayor parte de la gente se fabrica sus propios problemas, y al lograr que se conocieran más a sí mismos a menudo encontraba la clave para solucionarlos.

Clark hacía sus trabajos entre las visitas. Trabajaba de prisa de modo que no necesitaba tiempo para cumplir su tarea. La mayoría de sus trabajos eran simples, así que no requerían ni gran imaginación ni planteamiento.

Pero a Clark le cansaba dar tanto de sí mismo y cuando llegaba la noche necesitaba estar solo para reponer sus energías.

Miraba hacia afuera. Alcanzaba a ver el techo de los edificios de la metrópoli, sintiendo nostalgia y melancolía por su ciudad natal, un pueblito de Boston donde estudió teología más tarde.

Se sumió en recuerdos mientras su mente recorría los siglos; ¿qué eran, Madrid, París, Londres, Nueva York, México, Buenos Aires, Tokio, a principios del siglo comparadas a lo que llegaron hacer? Hay mucha diferencia entre lo que se veía antes y lo que se ve actualmente. Ciudades como Los Angeles que no tenían rascacielo alguno, exhibe una espectacular área con los edificios más elevados.

Estaba asimismo ante una audaz explosión arquitectónica. Si todo es adelanto en estas últimas cuatro décadas, la ingeniería ha dado tremendos pasos de avance para realizar los más grandes proyectos de los arquitectos. Este progreso arquitectónico se produce especialmente en los grandes centros comerciales que han permitido poner frente al comprador o al curioso cientos de establecimientos.

Dentro los unos y los otros, qué multitudes.

En los estacionamientos, cuantos miles de autos.

Crecientemente las urbes ofrecen una nueva imagen física, porque con el aumento de la población y con la riqueza se confluyen en el progreso y éste se manifiesta en un repertorio de obras tales que puede decirse que los ámbitos del hombre están cambiando constantemente.

Cambia el ámbito de la casa que habita.

Cambia el ámbito del área en que vive.

Cambia el ámbito en que se producen sus expansiones. Hasta los templos son distintos. Todo es nuevo.

He aquí una de las circunstancias que condicionan al hombre de nuestros días. Está rodeado de nuevas cosas. Tiene a su disposición cosas a granel que a veces las utiliza para bien y otras para mal.

Clark pensaba larga e intensamente contemplando cada tanto el lugar que él mismo ocupaba en el plan a largo plazo que su Padre había trazado para él.

Siempre optimista, siempre positivo, siempre comprensivo y paciente ante lo que ha de suceder, Clark conservaba una actitud simple y feliz ante la vida, con la mirada puesta en metas lejanas antes que en satisfacciones momentáneas e inmediatas, en la comprensión de que a pesar de las apariencias en última instancia triunfará siempre la verdad.

Clark no era una persona piadosa en el sentido estricto que la gente tiende a asociar con los individuos que hacen ostentación de su religión. Esa no era su conducta en absoluto. A nadie se le ocurriría siquiera pensar en Clark como una persona religiosa.

Era sólo una persona común que irradiaba entusiasmo por la vida y todo lo que tenía vida.

Amaba los colores hermosos de la naturaleza, le fascinaban los animales y descubría humor y alegría aún en las criaturas de cuatro patas más temibles.

Pero no era el amante de la naturaleza soñador que se desconecta de la realidad. Era demasiado equilibrado para eso.

Era, en verdad, una persona fascinante de una belleza interior que contrastaba notablemente con la sencillez exterior de su vida.

Pese a que Clark era atractivo físicamente, y tenía un modo de ser encantador cuando se llegaba a conocerlo íntimamente, todo eso parecía palidecer ante la riqueza y profundidad de su personalidad.

Era muy pocas las personas que llegaban a conocer al verdadero Clark, ya sea porque la mayoría no tenía capacidad de ver bajo de la superficie o porque no podían captar de un vistazo toda las facetas de su rica vida interior.

Se iba haciendo tarde, eran casi las ocho y treinta. El sol se había puesto en occidente, y soplaba una brisa fresca. Decidió dar por terminado el día y retirarse a dormir.

Habitualmente se acostaba al ponerse el sol y se levantaba cuando salía. Quizá esta armonía con la naturaleza fuera el secreto de su excelente estado físico.

Clark entró a su habitación y a los pocos minutos las luces se apagaron.

## XII

Estaban por dar las cuatro cuando el padre Clark decidió realizar una caminata por la calle. Era un día cálido y sofocante y él había estado más atareado que de costumbre, y necesitaba tomar aire fresco. Últimamente él mismo había notado muchas cosas extrañas que pasaban y quería examinarlas para prevenir futuras consecuencias.

Se detuvo en pocas oportunidades sólo para observar el vuelo de los pájaros o mirar a uno que otro niño jugar en las afueras de su casa.

Llegó a un parque, después de caminar por un buen rato y ahí descansó. Sintió la brisa del viento, el cantar de los pájaros y el sol que se metía en ocaso. Entonces decidió retornar.

Cuando volvía y ya se encontraba cerca de la iglesia, lo enfrentó un reducido grupo de gente. Entre ellos, un hombre lo había visto salir y fue quien avisó a los demás. Habían estado al acecho y encontraron su oportunidad. Todos se reunieron en una esquina por donde sabían el padre pasaría.

Sin embargo, el grupo no parecía estar dispuesto a molestarlo, sino parecía reunido de una manera muy informal. Pero este grupo ya tenía un objetivo. Eran la mayoría de edad regular, todos católicos, intensamente conservadores y estaban profundamente alarmados por todos los cambios que se habían dado en la iglesia, y aún más por la llegada del padre Clark que había mostrado cierta actitud liberal en Gless.

Habían oído hablar del padre Clark en muchas ocasiones y conocían su costumbre de andar con pandilleros e invitarlos a su oficina y hasta la iglesia.

Decididamente para ellos había una deficiencia en su creencia religiosa o quizá en sus valores o formación religiosa.

Mientras el padre Clark caminaba por la calle se le acercaron y prácticamente lo rodearon, como para evitar que se escapara.

- Desearíamos hablar con usted- dijo un hombre acercándose.

-¿No quisieran pasar a mi oficina donde estaríamos más tranquilos? – preguntó el padre Clark calmadamente.

-No – insistieron - , lo que tenemos que decirle puede ser dicho aquí mismo. Nos preocupan las cosas que hemos oído hablar sobre usted. No nos gusta en absoluto.

-Eso me parece a mí bien. Nunca pensé que la gente tendría que estar de acuerdo conmigo en cualquier asunto que se tratara – respondió el padre Clark, cortésmente.

- Hace muy poco tiempo que está usted en la Ciudad y ha perturbado a muchos de nosotros con sus ideas y su forma inusual de hacer las cosas – dijo otro entre el grupo-. Somos gente respetuosa de nuestros principios y no hemos oído con agrado eso de que los pandilleros puedan entrar en la iglesia cuando gusten, porque ¿no es verdad que mandamos a nuestras hijas a que escuchen misa los domingos? – es verdad – contestó el padre Clark.

- ¿No cree entonces usted que alguna de ellas podría salir perjudicada si esa rala de bandidos deciden hacer lo que no deben?

La pausa de silencio que siguió al ataque del hombre exigía respuesta. El padre Clark le respondió a él y a los demás con simpatía.

-Sí – dijo, la mayor parte de lo que usted dice es verdad, pero no exactamente tal como lo dice. Antiguamente la iglesia a través de sus pastores creía tener potestad para controlar las vidas de la gente. De alguna manera siempre pensaron que tenían un mandato de Dios con la intención de que la gente obedezca y no se resista a la Gracia de Dios ni a su salvación. Esto no es

sano. Dios nunca quizo que unos pocos seres humanos tuvieran el control sobre las vidas de las personas. Dios creó a la gente libre. Son sus hijos.

“La función de quienes siguieron a Jesús y todos los que vinieron después de los apóstoles fue y es, guiar a la gente tiernamente y ofrecer las enseñanzas de Jesús. Pero no les corresponden inculcar nada a nadie en contra de sus principios ni usando la violencia. Eso priva a la gente de su libertad como seres humanos. Ni tampoco deben exigir a las personas más de lo que Dios nos exige, porque ¿cómo podemos exigir algo de lo que no se está seguro si se cumplirá?”

La religión es hermosa cuando está motivada por una enseñanza sana y objetiva que lleve a las personas a tener una vida común más ordenada, pero motivada por un profundo amor a Dios. Porque las prácticas que se imponen por medio de la religión no vuelven a una persona religiosa ni agradable a Dios si se aplican artificialmente. Ese es el tipo de religión de los Fariseos a quien Jesús rechazó con tanta vehemencia.

-Bueno, podemos aceptar eso – dijo uno de ellos-, pero ¿no es cierto que la Iglesia ocupa el lugar de Cristo, y que lo que la Iglesia enseña debe ser obedecido por el hombre?

- Las personas que creemos en los preceptos de la Iglesia estamos obligados a seguirla. Seguir el camino que Jesús nos dio por medio de su gracia, de acuerdo a nuestra forma de vida que tiene que ser completada por una afirmación de los valores y nuestra actitud positiva en el pensar y actuar, de modo que no seamos como los Fariseos que se jactaban de algo y en realidad no hacían lo que debían hacer. Cuando las autoridades de la Iglesia hacen que las personas obedezcan reglas hechas por personas e impuestas como necesarias para la salvación, entonces se transforma la religión en obediencia a tradiciones humanas. A eso se refería Jesús cuando dijo a los apóstoles que no debían compartir la levadura de los Fariseos, ni tampoco deberían ser como los gobernantes paganos y despóticos que trataban mal a la gente.

- Preséntenos un ejemplo señor – insistió el mismo hombre.

-Muy bien –asintió el padre-. La Iglesia exige que sus miembros se casen ante un sacerdote para que el matrimonio sea válido. No tiene nada de malo que la pareja quiera casarse frente a un sacerdote. Exigirlo bajo la pena de declarar no válido el matrimonio y del estigma de inmoralidad es otro asunto. Si una pareja se casa sin la presencia de un sacerdote entonces se dice que la pareja está en pecado mortal y que el matrimonio no es válido.

Pueden permanecer casados por muchos años y tener muchos hijos, pero si uno de ellos deja al otro y a los hijos y se presenta con otro amante ante un sacerdote, podrán casarse con la bendición del sacerdote porque el matrimonio anterior se considera inválido.

O tomemos a un hombre a quien la religión no le importa nada. Se casa por capricho ante un juez de paz. Como es miembro de la Iglesia su matrimonio no se considera válido. El mismo hombre se casa con otras mujeres y tiene hijos en cada una de ellas y después se decide por ir y dejarlas, a ellas y a las criaturas. Por fin se decide casarse con otra mujer por la Iglesia. Esto se arregla con facilidad porque se considera que todos los matrimonios anteriores no existieron.

No importa que haya dejado un enjambre de hijos. Su nuevo casamiento es bendecido por el sacerdote en solemne ceremonia. ¿Creen ustedes que este tipo de legalismo le agrada a Dios?

Después de un silencio durante el cual estudió la expresión de los rostros, continuó: -Jesús con su nueva ley lo cambió todo. Puso arriba a los humillados y abajo a los humilladores. En fin, creó una nueva escala de valores, que aún sigue vigente, cualesquiera que sean los incumplimientos o las violaciones de la misma. Exaltó la pobreza y condenó la riqueza. Se compadeció de todos los que sufrieron y eran perseguidos. Fue amigo de los pecadores. Estableció la institución del perdón. Execró el fanatismo. Flageló con la indignación de su verbo a los hipócritas. Se encaró con todos los convencionalismos religiosos

que imperaban ahogando y negando el verdadero espíritu de la Ley. Por encima de todos los intereses terrenales del mundo estableció el señorío de los más egregios y divinos valores espirituales. Glorificó la fe. “Hombre de poca fe” era una de sus expresiones más lapidarias. Luchó contra la vanidad, contra la avaricia, contra las apariencias, contra los egoísmos.

El grupo quedó impresionado con lo que oyó. Uno o dos escucharon con interés y hasta se sintieron inclinados a aceptarlo. Ellos mismos habían pasado por experiencias similares, como aquellas en la que es imposible desnudar el alma frente a otra persona en busca de perdón.

-Jesús quería que el perdón se tomara tiernamente y con compasión, no acompañado de una humillación impuesta por un sacerdote impaciente – prosiguió-. O de manera que provocaba que las criaturas se orinaran de miedo. Lo que Jesús quería que fuera informal y generoso, ellos lo encasillaron dentro de rituales rígidos y horarios fijos, como que si el Espíritu Santo trabajara según horarios dictados por los seres humanos.

Algunos de los del grupo se dieron cuenta que el padre Clark decía la verdad. Otros enfurecieron. Nunca habían escuchado a nadie criticar a su iglesia como lo hacía él, con tanta convicción. Siempre les habían enseñado que la Iglesia era la voz infalible de Dios y lo creían firmemente.

- De modo que lo que dicen de usted es cierto- replicó uno de los hombres, como de treinta años-. Usted odia a la Iglesia y critica sus enseñanzas y sus leyes.

-No señor- dijo el padre Clark fijando su mirada en su interlocutor-. Yo amo a la Iglesia tal como Jesús la ama. Es su gran presente a la humanidad, pero que necesita una revisión constante y estímulo para que permanezca fiel al espíritu del Señor. Los feligreses no son siervos de una casa. Son la familia misma, sin jefes. Jesús le dijo a los apóstoles que fueran siervos y humildes, no castigadores ni amedrentadores de almas perdidas. He dicho lo que dije porque Jesús quiere de la iglesia un refugio de paz, un faro reconfortante que ilumine el

camino, no una cámara donde se encierra el alma o una espada que corta y hiere.

Lo que el padre Clark dijo no suavizó las cosas, nunca habían oído criticar a los sacerdotes de esa manera. Que se hiciera en nombre de Jesús lo volvía pseudodiabólico o cuasidemoniaco. Ese hombre era malo, pero bajo el disfraz de un hombre religioso. O estaba equivocado o era malicioso de manera tortuosa y sutil. Además, su mentalidad atraería muy fácilmente a los jóvenes, de modo que deberían alejar a sus hijos de él como algo más peligroso que una enfermedad. Los pandilleros ya le amaban. Eso en sí mismo ya era malo. No debía permitirse que se le acercaran jamás.

El padre Clark sacudió la cabeza cuando se alejaron, hablando exitados mientras iban calle arriba. Al mirarlos veía los grandes mantos de los fariseos y escribas. La mentalidad era la misma, sólo el escenario era diferente: básicamente gente buena, pero estrechos y limitados, que tienen en última instancia que destruir lo que no alcanzan a comprender.

## XIII

Durante su breve estadía en el pueblo, Clark se había relacionado con un buen número de personas. Al principio le habían visto con mala cara pero con el correr de los años las cosas cambiaron sustancialmente.

Primero empezó a dejar una impresión en la vida de los muchachos cuando, justo después de su ordenanza como sacerdote fue nombrado pastor de la iglesia de Gless, el vecindario más pequeño y pobre de Los Angeles.

Pasó años previos trabajando con los indígenas de Bolivia y fue allí donde su visión de teología se solidificó.

En una ciudad pequeña como Gless, rara vez se encontraba uno con gente interesante. Por lo general, sus residentes eran personas humildes, de bajos recursos y la falta de oportunidades provocaba el aumento de la delincuencia, especialmente entre los jóvenes que se reunían frecuentemente para hacer desmanes en pandillas.

Los Angeles podría decirse que es la capital mundial de las pandillas. Las estadísticas revelan que los miembros o personas relacionadas con pandillas no bajan de los ochenta mil.

Y en el este de Los Angeles, que es donde mayor índice de pobreza se registra, es allí donde queda Gless y a donde Clark llegó.

Su relación con la gente era sencilla y nada comprometida, pero como era amistoso y expansivo, la gente entraba en conversación con él sobre cualquier tema. Las conversaciones surgían con frecuencia y aunque la religión es un tema de interés casi universal, era sobre aquello sobre lo que Clark parecía

tener más firmeza, aunque también hablara de cualquier tema que se diera libremente.

Pero las cosas en que Clark creía con tanta intensidad y que la gente no creía, ni entendía, ni le parecía lógico, ni sensato era sobre su posición de “bombardear” a los pandilleros con amor.

Ese fue justamente el tópico que le trajera más problemas no sólo con los residentes del lugar y la policía, sino hasta con las mismas autoridades de la iglesia.

Y fue justamente por lo mismo que Clark permitiera que los pandilleros entraran a la iglesia (incluyendo su oficina y la playa de estacionamiento), por lo que la policía pensara que los estaba consintiendo.

Mientras la policía rediseña sus estrategias de represión pensando que las pandillas sólo responden a la fuerza, la comunidad pide leyes más drásticas y mayor presupuesto del gobierno para eliminarlas.

Si bien pocas personas consideraban refrescantes las ideas de Clark, y en verdad, sensibles, algunos de disposición más conservadora, se escandalizaban y hasta se ofendían de las cosas que decía. Todos los residentes empezaron a protestar su presencia, llegando a haber rumores de una petición al arzobispo de Los Angeles pidiendo su destitución como pastor de Gless.

Algunos lo tomaban como una expresión de liberalismo. Otros



Su trabajo se veía interrumpido cada vez con mayor frecuencia y se le tornaba difícil cumplir con su lista de pedidos. Por mucho que le disgustara rehusar trabajo, porque sabía que con él proporcionaba alegría a la gente, comenzó a hacer saber que no podía dar abasto.

La semana pasó con rapidez, sin que ocurriera nada destacado más allá de un cambio de actitud en algunas personas que antes se habían mostrado amistosas con él. No sabía cual era el motivo del cambio pero comprendía que no podía hacer nada. Siguió siendo bueno con ellos y no cambió su manera de tratarlos.

## XIV

Pensaba meditando en todas las cosas que pasaban y no encontraba la respuesta todavía.

Cuando Clark terminó de comer escuchó un golpe corto en la puerta. Fue a contestarlo y se sorprendió al ver a Mary.

Con Mary se veían de manera frecuente pues ella era profesora de educación inicial en la escuela primaria de Gless.

Cuando Clark tuvo la idea de habilitar la escuela secundaria en ese mismo local, tuvo contactos ocasionales con ella, pero nada determinante.

Mary era diferente y su profundo amor a los niños le había dado prestigio en la escuela, de modo que los residentes a diferencia de lo que pasaba con Clark, nunca se quejaron de ella. Además, siempre se la veía llegar a Gless, temprano por las mañanas en un carrito blanco desde su casa que quedaba en el downtown, en el centro de Los Angeles.

Mary lucía encantadora con su vestido color verde, suave y luminoso, que acentuaba su figura elegante. El estado de ánimo de Clark cambió cuando la vio. Su rostro se distendió con una amplia sonrisa. Se dieron un breve abrazo y entraron a la oficina.

Al cerrar la puerta, Clark observó un grupo de personas que caminaban calle abajo. Era un grupo de personas que habían estado recolectando firmas en el vecindario para destituir a Clark de la iglesia. Habían visto el abrazo de Clark y Mary y que los dos entraban a su oficina. Clark se dio cuenta muy bien de las posibles consecuencias.

-Me siento muy contento de que hayas venido –le dijo, sintiendo afecto por ella y sabiendo que él le era simpático.

No había tenido un día agradable y Clark veía claramente el camino que tomaban las cosas. El futuro se presentaba nebuloso y la llegada de la joven significaba un bienvenido alivio de la tensión del día y ayudaba a disipar, por lo menos, la tristeza que lo dominaba.

En lo que respecta a la pedagogía, Clark y Mary tenían muchos gustos en común. A ambos les gustaban los niños y la literatura. Además, Mary había viajado por sudamérica y como Clark había vivido mucho tiempo, compartía sus experiencias con ellas.

Posiblemente Mary no se daba cuenta de todo lo que realmente sentía por él, y aunque en un principio pudo haberse sentido atraída por motivos enteramente platónicos, el afecto se intensificaba día a día.

Se encontraba con frecuencia pensando en él durante el día y preguntándose qué pasaría de esta o aquella idea o plan y deseando poder hablar con él sobre el tema.

-Clark, espero que no te importe que yo invada tu oficina de esta manera – dijo, disculpándose débilmente.

-En absoluto. En realidad, hoy nada parecía andar bien y me sentía deprimido. Estoy contento de que hayas venido.

-Sé que eres una persona vehemente y tienes ideas profundas sobre muchas cosas –repuso Mary-. Mi propio trabajo es muy exigente y me preguntan mi opinión sobre temas muy diversos. A veces no me siento capaz y sólo desearía conversar sobre algunos de esos asuntos contigo. Sé que me ofrecerías sugerencias valiosas.

Clark miró a Mary o, más precisamente, pareció mirar a través de ella. Sus pensamientos parecían estar a kilómetros de distancia.

-¿Has entendido lo que trato de expresarte Clark?

Luego de un silencio inacabable él le dijo:

-Mary, estás involucrada inocentemente en una lucha por el control de la mente humana. Lo que propones como una manera de unir a la gente es visto como un obstáculo para un esquema oscuro y tortuoso que servirá para dominar las mente de personas simples.

Cuando Clark terminó Mary pareció impresionada.

-Eres mucho menos simple de lo que pareces- le dijo-.

¿Cómo dice el adagio, “simple como la paloma, y astuto como el zorro?”.

- Supongo que es la única manera de ser más zorro que los opositores – contestó Clark -. Vale la pena intentarlo.

-Pero tengo una pregunta importante que quiero hacerte – susurró Mary. Es personal y espero que no te moleste.

Clark hizo un gesto al pasar, indicando que no le importaba.

-No se si te das cuenta, pero tienes un potencial extraordinario, no sólo como profesor sino como pensador y filósofo. Con la relaciones convenientes podrías causar un efecto abrumador en la sociedad, ya me he tomado la confianza de hablar a mis amigos sobre tí y muchos de ellos están ansiosos por conocerte.

-Mary, me siento honrado de que pienses tan bien acerca de mí –repuso Clark-. Me interesa el desarrollo sano de la sociedad, pero cada persona está limitada al papel en que se siente más cómodo. No me considero el hombre adecuado para influir sobre los que toman decisiones en la sociedad, sino como un amigo de la gente común con los que me siento más confortado.

- Te gusta estar con los jóvenes ¿verdad? – preguntó Mary.

- Por supuesto. ¿ Qué tiene eso de malo?

- Nada. Pero ¿No crees que es muy exagerado de tu parte defender a capa y espada a quienes cometen los actos más aberrantes en la comunidad?

-Eso puede ser verdad, pero no del todo. La falta de educación, trabajo, en general medios de subsistencia es lo que los lleva al vandalismo y la

delincuencia en la mayoría de los casos. Pero el problema no lo va a arreglar la policía usando la fuerza o con operativos en contra de las pandillas.

Ten en cuenta – continuó- que las pandillas no son el problema sino un síntoma del mismo. La desesperanza viene de esa falta de oportunidades que hace que los jóvenes traten de encontrar reconocimiento y aceptación en esos grupos.

- ¿Y qué es lo que les dices entonces?

- Creo que mi trabajo se centra principalmente en que recuperen eso que han perdido.

- ¿Y qué han perdido?

-La auto-estima, el amor a sí mismos. La policía dándoles balazos sólo acrecentan el odio. El incremento de la violencia ha aumentado y es cada vez más creciente. Sólo encuentro una solución : “ bombardearlos” con amor.

-Pero, Clark, sientes así porque eres sumamente humilde y nadie te ha empujado a desarrollar tu alto potencial. Me siento muy cerca de tí, me doy cuenta que mucho de lo que pensamos y sentimos es idéntico. Pienso realmente que, con las puertas que ya se me han abierto a mí, podríamos hacer una gran obra como equipo. Sé que es impetuoso y presuntuoso de mi parte inmiscuirme en tu vida personal de esta manera, pero los problemas de la sociedad me preocupan mucho, y necesitamos hombres de visión como tú para ejercer toda la influencia que podamos. Comprendo que esto es una novedad para tí, y quizás no te parezca una buena idea por ahora, pero me gustaría que lo pensaras y así podamos volver hablar más adelante.

- Te prometo pensarlo mucho, y no sería sincero si te digo que no me atrae lo suficiente.

Habiendo logrado lo que se había propuesto con su visita, aunque no había triunfado, Mary de pronto se sintió más destendida.

-Me gusta tu oficina – dijo, mientras sus ojos examinaban el pequeño cuarto. Es un arreglo perfecto para un hombre soltero, aunque en verdad parece

mucho más austero de lo que creo que eres en realidad – continuó tratando de forzar a Clark para que revelara lo que sintiera.

Clark sonrió ante su travesura. Le gustaba ese rasgo de Mary, de modo que le siguió la corriente y contestó de la misma manera juguetona.

- Es todo lo que necesito en realidad, y aunque gozaría con más elegancia y comodidad, sirve para su propósito de una manera práctica. De todos modos nunca paso mucho tiempo en esta oficina, así que nunca se me ocurrió decorarla. Mis sueños van mucho más allá de estas cuatro paredes.

- ¿ Realmente sueñas? – dijo Mary, sorprendida ante esta revelación.

- Es claro ¿ No lo hacen todos? Todos querríamos ver las cosas diferentes de lo que son, y como soy muy humano no soy diferente – dijo.

-¿Con qué sueñas?

-Con gente que conozco, con cosas que me gustaría hacer –contestó él.

-Estoy segura de que yo jamás entré en unos de tus sueños – dijo Mary, con coquetería.

Clark sonrió cálidamente.

-Sí, pienso y admiro muchas cosas en tí. Dios te ha bendecido con muchos dones y atributos y te quiere mucho porque le permites que te use como socia en la obra que ha planeado para tu vida. Eres una persona excelente, Mary, y me hace feliz que nuestros caminos se hayan encontrado.

Ella esperaba que dijera algo así y cuando lo hizo, se le iluminó el rostro.

-Siento lo mismo por tí – respondió. Espero que llegemos a conocernos mejor.

Mary miró su reloj. Se hacía tarde. No quería agotar su bienvenida en la primera visita. Cuando decidió levantarse para irse, le dijo a Clark :

-Que descanses ahora. Debo irme y nos veremos pronto.

Mary comenzó a dirigirse hacia la puerta . Clark la siguió diciéndole:

Te agradezco mucho tu visita. Me levantó el ánimo.

- Mientras estaba en la entrada Mary se volvió hacia Clark e inclinó levemente la cabeza, ofreciéndole una posibilidad si es que quería darle un beso de despedida. El apoyó las manos sobre sus hombros y la besó afectuosamente en la mejilla.

Ella respondió abrazándolo y besándolo con cariño. Juntos caminaron hacia el coche.

Una luz de la calle proyectaba sombras misteriosas que se movían a través de los árboles. Mary entró a su coche, dijo un último adiós y se marchó.

Cuando Clark se volvió para regresar a su oficina observó las sombras de dos figuras a través de la calle. Parecían ser dos de las personas que lo habían abordado anteriormente.

## XV

Corrieron rumores que una mujer había pasado toda la noche en la oficina de Clark y lo indispusieron.

Esa mañana Clark había despertado con la vitalidad que lo caracterizaba y cuando se disponía a salir para la escuela, se encontró con el cartero.

-Buenos días padre Clark - le dijo-. Hoy le ha llegado una carta certificada. Firme aquí.

Clark simplemente recibió la carta y la dejó sobre su mesa hasta que el cartero se alejó. Vio el sobre que tenía un membrete del arzobispado de Los Angeles y al abrir el sobre encontró una carta.

Clark meditó sobre el contenido y tono de la carta y su sentido. El Obispo le había dicho que lo había impresionado, y que debería haber más cristianos como él. ¿Por qué, entonces, informaba a Washington sobre él y pedía una investigación? El recuerdo de los largos mantos flotantes volvió a cruzar su mente y evocó una serie de imágenes de hombres que trataban de dañarlo.

Clark miró a su alrededor buscando una pluma y un papel. El padre Thomas había dejado papel de cartas de buena calidad que Clark encontró en un viejo escritorio, se sentó y redactó una pequeña contestación.

Clark habló con el padre Thomas, le explicó todo el asunto y lo apoyó. Al día siguiente lo dejó en el aeropuerto y después de una despedida emocionada Clark partió rumbo a la cita con el cardenal.

Llegó a Washington y sólo fue recibido por un mensajero vestido de civil quien lo llevó a un hotel donde habían hecho una reservación con anterioridad. Ese día Clark se dedicó a caminar y a conocer los lugares de mayor interés en la ciudad, pues la cita era al día siguiente.

Se despertó ese día temprano, por la mañana y después de tomar un pequeño desayuno, el mensajero llegó como a las siete y lo llevó al Palace del Santo Oficio donde un auxiliar y le indicó por donde debía ir.

En la puerta del salón donde la Congregación de la Doctrina de la Fe realizaba sus procedimientos había un centinela de guardia que controlaba los documentos de quienes entraban. Clark le mostró el pase que le habían dado y se le permitió entrar. Eran exactamente las ocho con veinticinco minutos. Los funcionarios estaban de pie, conversando entre ellos. La sala tenía un techo alto con molduras de mármol muy ornamentadas. El suelo también era de mármol, con un gran alfombra persa en el centro. Del medio del techo pendía una araña.

A lo largo del frente de la habitación había una mesa larga cubierta por un grueso paño de terciopelo color rojo oscuro. Una gran silla de obispo se destacaba en el centro de la mesa. Frente a cada silla habían anotadores de papel tamaño oficio y algunos lápices prolijamente dispuestos.

Cuando Clark, entró, nadie se adelantó a recibirlo.

Algunos se volvieron hacia él y lo miraron pero luego continuaron la conversación. Dos obispos de sotana negra con guarnición roja lo miraron asombrados ante su aspecto extraño, y siguieron charlando. Clark se sintió incómodo.

Exactamente a las nueve y treinta entró un cardenal alto, anciano, de sotana negra. Era un hombre de aspecto cortés con una cabellera blanca abundante que lo hacía parecer más joven de sus setenta y cinco años de edad.

Cuando entró todos se ubicaron en sus lugares, con el cardenal en la silla reservada para él en el centro.

A unos tres metros de la mesa, había un banco. Uno de los clérigos hizo un gesto indicándole a Clark que se sentara allí. El cardenal comenzó ofreciendo una oración, en la que pedía ayuda en la seria tarea que están por encarar. Oró pidiendo que cumplieran con el procedimiento con caridad y justicia y que prevaleciera la verdad. La oración se hizo dirigida a Jesús. Todos respondieron “Amén”

-Señor – dijo el cardenal mirando a Clark-. Soy el cardenal Graph, estos son mis colegas. Sus nombres están inscritos frente a sus lugares. ¿Tendría la bondad de darnos su nombre y su dirección?

-Mi nombre es John Clark. Hasta hace poco vivía en un pueblito en las alturas de Bolivia con gente muy pobre pero mi dirección actual es Calle 3, Gless, Los Angeles.

-Clark – prosiguió el cardenal-, tenemos ante nosotros extensos informes que nos enteran de que usted ha estado teniendo conductas sospechosas y que ha estado comentando asuntos teológicos con personas católicas que pertenecen a ciertas parroquias. ¿Esto es verdad?

-No entiendo cardenal, qué quiere decir con teología.

Nunca me he puesto a hablar sobre temas teológicos. Sólo trabajo en mi oficio de profesor de una escuela alternativa para jóvenes en edad secundaria. Cuando los muchachos vienen a visitarm

-Cuando una persona está preocupada y confusa acerca de su religión y me pregunta qué pienso, se lo digo – contestó.

-¿ Que dice?

-Le digo que no es cosa de iglesia ni de religión sino de religiosidad. Porque otro de los fenómenos sociales de nuestro tiempo, es el del extraordinario proselitismo religioso. Estamos ante una aparente contradicción: un crecimiento extraordinario de feligreses, por todas las vertientes, y, al mismo tiempo, un creciente desasimiento de Dios.

-O sea que hay feligreses, pero, ¿hay en ellos una profunda religiosidad? – preguntó el cardenal.

-No quiero decir palabras que puedan parecer medio iconoclastas. Nunca, desde luego, heterodoxas. Tan sólo me concreto a plantear la cuestión, porque pienso que lo fundamental no es la apariencia, sino lo que ocurre en la intimidad de la conciencia.

No estoy planteando nada nuevo. Lo que expongo lo señaló Jesús en su tiempo, en torno a los fariseos que llenaban el templo y que rezaban más alto que nadie, para que se les oyera.

-¿Había auténtica religiosidad en ellos? – volvió a preguntarle.

-Cristo abrigaba sus serias dudas.

-Díganos ahora, ¿esa religiosidad podría existir en aquellos que están totalmente fuera de las iglesias, o con un pie dentro y el otro afuera?

- Por un mundo de testimonios hay que sospechar que entre muchos devotos feligreses y entre casi todos los denominados indiferentes en materia religiosa, no hay otra cosa que una ausencia de esa auténtica e íntima religiosidad, que un vivir desprendido de Dios, sin diálogo con El, sin la lúcida convicción de que la vida ha tenido un sentido ético impuesto por Dios y de que cuando la existencia se acabe y se entre en la muerte, no quedará más remedio que enfrentarse con Dios.

Jesús vino a dar sentido a la vida de las personas y su mensaje debería darles paz y alegría. No deberían estar confusos y sentirse temerosos y llenos de culpas a causa del mensaje de Jesús.

-¿Eso es todo lo que les dice? –preguntó un Obispo de mediana edad.

-No. La gente me pregunta qué pienso de la religión tal como se la practica hoy y yo les contesto sinceramente.

-¿Qué les dice? –insistió el Obispo.

-Les digo que la religión no es algo separado de la vida.

Es la vida de ellos, bien vivida o mal vivida. Jesús le dijo a la gente que todos son libres y que deberían disfrutar su relación con Dios y encontrar alegría y paz en sus vidas. Pero es frecuente que se enseñe el mensaje de Jesús como un conjunto de dogmas sin vida y leyes rígidas que exigen su cumplimiento so pena de horribles castigos. Eso destruye la belleza del mensaje de Jesús y aparta a la gente de Dios.

-¿Se refiere a la Iglesia cuando dice eso la gente? – preguntó uno de los teólogos.

-Me estoy refiriendo a los que enseñan el mensaje de Jesús de esa manera. La Iglesia enseña cosas hermosas, pero todo queda en el papel. El amor es la propia esencia de Dios. Y se ama a sí mismo igualmente que a todas las cosas creadas. No en vano no son más que productos de voluntad, y la voluntad es una manifestación de esa fuerza infinita del amor. Si Dios creó el Cosmos en un acto de voluntad, una lógica incontrovertible nos tiene que llevar a la conclusión de su amor hacia todo lo creado. Y entre ello, el hombre, el más alto producto vivo de esa creación.

Sencillamente Dios procura el bien de los hombres. Vela por su bienestar. Porque amar no significa otra cosa. Y si Dios no lo hiciera así, al no amar, estaría yendo contra su propia esencia.

Por una ley inexorable de correlación y de reciprocidad, tenemos que llegar a la conclusión de que el hombre debe amar a Dios. No se trata, por lo

demás de una especulación, del testamento como en los Evangelios no es necesario remontarse al primero. Es cosa más que sabida. En cuanto a los segundos, en tres momentos distintos, al ser Jesús sometido a muy inquisitivas preguntas sobre cuál es el mandamiento más grande de la Ley y cual el requisito necesario para ganar la vida eterna, el Nazareno no vaciló. Una y otra vez dijo que había que amar a Dios por encima de todas las cosas: con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente.

El amor de Dios no se predica como debe ser predicado, ni tampoco se predica a la gente la belleza de la vida de Jesús, de modo que crecen sin el consuelo de saber que Dios los quiere y los acepta como un padre o una madre amantes aceptan a una criatura díscola pero bien intencionada. Se supone que la Iglesia es la presencia viva de Cristo entre los hijos de Dios, pero a menudo todo lo que la gente ve es la indiferencia y la arrogancia de pastores de mal genio que sienten poco por la gente que sufre o que ha caído.

-¿Dice que todos los sacerdotes son así? –preguntó un joven teólogo de calvicie incipiente.

-Es claro que no – respondió Clark-.

Hay sacerdotes que se entregan con todo el corazón y el alma a la verdadera obra de Dios, pero no son demasiados. Son muchos lo que gozan con el prestigio y el honor del sacerdocio y, como los fariseos de antes, disfrutaban de un lugar de honor en público y del poder que acompaña a la autoridad. Consideran a las personas como súbditos que deben guardar su lugar y hacer lo que se les ordena. Eso es ofensivo, no sólo para la gente, sino para el mismo Dios. Hasta los obispos gustan de actuar como jefes de estado y casi han abandonado las comunidades cristianas locales que sufren por la falta de orientación y sentido de sus vidas como hijos de Dios, y a menudo son gobernados por pastores insensibles y arrogantes que perjudican a la gente y hacen un mal irreparable a la gente de Dios con total impunidad. Esto ocurre porque las comunidades cristianas no importan realmente a la iglesia que está

demasiado inmersa en los asuntos de la redundantes obras de caridad de su extenso imperio. La función de los dirigentes religiosos es inspirar la ejecución de obras de caridad pero no abandonar las comunidades cristianas para organizar sus propios operativos masivos. Y la tarea principal de los obispos es ofrecer guía y orientación a los pastores locales pero dedican poco tiempo a compartir las cargas y problemas de las comunidades cristianas.

-Para ahondar un poco, Clark – dijo un sacerdote astuto más entrado en años-, ¿piensa que esto es sólo una peculiaridad de ciertos individuos o la manera en que está estructurada la Iglesia?

-Creo que probablemente sean ambas cosas. Son demasiados los que necesitan del poder y la autoridad para que su tarea tenga sentido. El espíritu de autoridad parece estar hondamente arraigado en la Iglesia, y manejar instituciones provoca una sensación de autoridad.

-¿Usted se opone a la autoridad? – preguntó el mismo sacerdote.

-No., la autoridad es necesaria, pero la comprensión exacta de la autoridad es esencial. El concepto de autoridad de Jesús se aparta de la autoridad tal como la entiende el mundo. Las autoridades de la Iglesia se han mostrado demasiado ansiosas por ejercer la autoridad como la entiende el mundo no como la enseñó Jesús.

-Parece estar bastante al tanto de lo que Jesús enseñó y lo que no enseñó –dijo sarcásticamente un joven teólogo nervioso-. Díganos cuál es la autoridad que se supone enseñó Jesús

-Jesús enseñó que sus apóstoles y pastores debían ser como luces en la oscuridad: darían luz e inspiración al rebaño y lo tratarían, no como por debajo de ellos, como súbditos que deben ser gobernados, sino como hermanos y hermanas que a veces necesitan una comprensión piadosa y a veces, raras veces, una amonestación firme cuando pone en peligro a otros. Eso no es lo mismo que considerar a la gente como súbditos que deben ser gobernados por reglas y habitantes. Ese tipo de autoridad no tiene cabida en la Iglesia. Degrada

a las personas y crea un sistema de castas, que es totalmente ajeno al pensamiento de Jesús. Jesús vio esta tendencia en los apóstoles. Es por eso que les lavó los pies la noche antes de morir, para grabar en sus mentes que debían ser humildes y no mandar a la grey sino servirla. No son muchos los que quieren servir.

El cardenal Graph observó atentamente a Clark durante todo este intercambio y percibió la sencilla humildad de ese hombre y su total indiferencia hacia cualquier intención de debate. No parecía en modo alguno obstinado sino que creía sinceramente en lo que decía. ¿Pero no era eso lo que ocurría con todos los reformadores radicales? Atraían a la gente con esa misma sinceridad. Pero, por alguna razón, Clark no encajaba en ese modelo. Un sello genuino de verdadera comprensión y solicitud separaba a Clark de los radicales y los descontentos. Los largos años de experiencia que tenía el cardenal le enseñaban a penetrar en lo más íntimo de la gente que interrogaban, pero percibió que los sacerdotes más jóvenes no veían en Clark lo que él descubría. Para ellos era sólo un opositor intelectual que debía ser destruido o denunciado como impostor o como un peligro para la “Santa Madre Iglesia”. Al anciano no le gustaba en absoluto el matiz que iba tomando el interrogatorio. Pero no podía hacer mucho, porque todos tenían libertad para intervenir.

Uno de los obispos que había estado escuchando hizo otra pregunta a Clark:

-Me doy cuenta que la Iglesia le preocupa hondamente –dijo-. ¿Sus observaciones son inspiradas por su solicitud, por la gente, o por fastidio hacia los dirigentes de la Iglesia?

La pregunta era diabólica, demoníaca, satánica, luciférica, fantasmagórica y Clark lo sabía. Le recordó a los abogados de otros tiempos que disfrutaban poniendo trampas.

-Me preocupa que el espíritu del amor de Jesús haya sido reemplazado una vez más por una ley –respondió.

-¿Piensa que la Iglesia tiene autoridad para legislar y decretar? –preguntó el Obispo, apurado.

-Jesús dió autoridad para atar y desatar, pero es una autoridad que debe usarse sabiamente y por el bien de la grey. No debe ser ejercida de manera arbitraria o como la manera común de establecer relación con los cristianos.

-¿Le parece que se usa arbitrariamente? – preguntó el Obispo.

-Cuando uno recuerda la historia es difícil pensar que no.

-Pero las cosas han cambiado –continuó el prelado.

-Las circunstancias pueden haber cambiado, pero el ansia de controlar y dominar adopta formas diversas.

-Usted parece incluir sutilmente al Santo Padre en esta acusación general – dijo el Obispo.

-Nunca me he encontrado con el Santo Padre pero a juzgar por lo que se ve de Roma, es difícil aceptar que el espíritu de humildad oriente las vidas de quienes viven allí.

-¿Eso debe interpretarse como una crítica al Santo Padre? –preguntó un sacerdote.

-En absoluto. No lo conozco. Dicen que es un hombre bueno y un apóstol consagrado –puntualizó Clark, cuidando lo que decía.

-Usted mencionó el ambiente. ¿Qué intenta decirnos? ¿Piensa que el ambiente no está a tono con las enseñanzas de Jesús? – preguntó el mismo sacerdote.

-Usted lo ha dicho. Las cosas donde vive la gente reflejan la opinión que cada uno tiene de sí mismo. Jesús predicó la humildad y la vida sencilla entre sus apóstoles.

Si bien los que viven y trabajan allí como aquí no construyeron estos edificios, eligieron vivir y trabajar aquí y también vivir de un modo acorde con el ambiente.

-¿Y qué quiere decir eso? – inquirió el mismo sacerdote cáusticamente.

-Que el estilo difiere poco del de los palacios de los reyes y gobernantes de este mundo, contra el que Jesús previno seriamente a sus discípulos.

-¿Piensa, entonces, que quienes viven aquí, viven según un estilo prohibido por Cristo? –preguntó el sacerdote.

-No tengo la presunción de juzgar su estilo de vida. Cada uno sabe si es fiel a lo que enseñó Jesús.

-Pero usted afirma que cualquiera que viva o trabaje en este ambiente necesariamente vive en un estilo acorde con él. El Santo Padre vive allí y trabaja allí, de manera que según su propia lógica lleva un estilo de vida que no condice con el espíritu de Jesús – dijo el sacerdote triunfalmente.

-Lo ha dicho usted, no yo. Un rey humilde puede vivir en un Castillo y seguir siendo un hombre humilde sin interés en sus posesiones. Un sucesor de Pedro humilde puede vivir aquí, y a pesar de eso, seguir viviendo humildemente. Pero las mismas paredes comunican un mensaje, un mensaje de poderío mundano y de autoridad. Y esa autoridad y ese poder conforman la imagen de la persona que vive aquí, de modo que es posible ofrecer dos mensajes, el verdadero y el otro no intencional. Esa ambigüedad es lo que confunde a la gente y nubla la pureza del mensaje de Jesús.

Clark era sagaz. No podían atribuirle nada herético, ni tampoco rebeldía. Lo que se hacía obvio era que Clark criticaba la manera en que las autoridades de la Iglesia vivían y se comportaban. No había modo de evitar esa impresión, ni tampoco quería él negarla. Estaba allí por un motivo, no sólo para luchar o dar respuestas evasivas. Tenía un propósito, y ese propósito no debía ser frustrado.

El interrogatorio continuó:

-¿Cuando estaba en su pueblo hablaba de estos asuntos con otras personas?

-No, no habría tenido sentido.

-¿Alguna vez dijo que Jesús nunca se propuso que la religión se enseñara como se enseña hoy? – quiso saber el mismo Obispo.

-Sí.

-¿Les dijo que, como hijos de Dios, son libres y que nadie puede quitarles esa libertad?

-Sí.

-¿Y les dijo que los pastores violaban las enseñanzas de Jesús gobernando a los cristianos tal como lo hace?

-No, eso confundiría a la gente y sería contraproducente.

-Pero sí les digo que Jesús jamás se propuso que la religión fuera lo que es hoy. ¿No es así?

-Sí.

-Y al decir eso, les estaba diciendo que no enseñan la religión adecuadamente. ¿No es así? – continuó el Obispo.

No he dicho eso – repuso Clark con calma, pese a estar indignado por el modo con que este hombre le hacía decir lo que no había dicho.

-Pero lo sugería implícitamente. ¿A qué otra conclusión se puede llegar?

-Y no expliqué cómo la religión se convirtió en lo que es, ni quién tiene la culpa, si los padres, los sacerdotes o los maestros. ¿Y no es cierto que muchas personas tienen ideas falsas sobre la religión? –preguntó Clark.

-Somos nosotros quienes hacemos las preguntas –le respondió el Obispo, secamente.

Los miembros jóvenes del panel se iban poniendo más y más agitados. Los mayores habían pasado por estos interrogatorios una y otra vez, y todos se parecían mucho; ellos ya estaban inmunizados contra las insinuaciones y las inferencias. Les preocupaba en primer término si un predicador dado constituía una amenaza para la fe de la gente y si su relación con la Iglesia era hostil y ominosa. A los más jóvenes les interesaba discutir los puntos más sutiles de la teología.

Continuando el interrogatorio, el joven teólogo de calvicie incipiente hizo la pregunta siguiente:

-Clark, usted mencionó que la Iglesia gobierna por medio de legislación y decretos. ¿Puede dar un ejemplo que aclare lo que quiere decir con esa afirmación?

-Tomemos el caso del matrimonio –dijo Clark -. Jesús nunca dijo que los cristianos tuvieran que casarse ante un apóstol o ante un sacerdote. Sin embargo ustedes legislan que si un católico no se casa ante un sacerdote, el matrimonio no es válido y la pareja vive en pecado. Eso es una arrogancia y niega a las personas su derecho de elegir por sí mismos.

Mucha gente puede tener una buena razón para no querer casarse ante un sacerdote. Pueden no estar seguros de su fe, o su fe puede no estar madura. O quizá tengan conciencia de no ser buenos cristianos y un matrimonio religioso sería una hipocresía. ¿Cómo pueden decir que Dios no acepta ese matrimonio o que viven en pecado? Para una pareja llena de fe y que cree en el amor, el respeto y la confianza, puede ser un hermoso gesto confiar sus vidas el uno al otro ante la presencia de la comunidad cristiana y de un sacerdote, pero convertirlo en una obligación no es ni sano ni alentador, y cuando las vidas de la parejas son escandalosas, es una burla. La religión es hermosa sólo cuando es libre y fluye del corazón. Es por eso que deberían guiar y alentar la conducta pero no legislarla. Y amenazar con el descontento de Dios cuando la gente no sigue las reglas que ustedes imponen es un abuso moral y no sirve bien a Dios.

Son pastores y guías, pero no los jueces finales de la conducta humana. Eso le corresponde sólo a Dios.

Todos quedaron impresionados por lo que oyeron. Hasta el cardenal dio un respingo pero escuchó con atención, comprendiendo que no estaba lejos de la verdad. En realidad no había motivo para que la Iglesia tuviese que legislar tan rígidamente sobre el matrimonio, y es cierto que esto angustia a muchos. Pero pisaba un terreno muy peligroso, y eso le haría daño.

-¿Tiene otro ejemplo? – preguntó el mismo sacerdote.

-Tomemos el caso de una pareja casada que se está destruyendo mutuamente. En el pasado ustedes decían que no podían divorciarse. Pero ahora dicen que les concederán la anulación para que puedan casarse otra vez. Y apoyan su decisión en el hecho de que no hubo un verdadero matrimonio, que la relación era destructiva. Y durante el proceso examinan los detalles íntimos de su vida sexual y llaman testigos para hablar sobre lo que saben de las relaciones entre las parejas. Sin embargo ustedes admiten que no conceden la anulación sino que deciden que no existía la base de una relación afectiva. ¿No creen que la pareja ya lo sabe? ¿Y como ayuda que los sacerdotes inspeccionen los detalles íntimos de la vida de las personas? Eso es lo que hacían los fariseos para mantener el control sobre la gente y hacerlos responsables ante ellos por su conducta.

“Y si una pareja no se presenta ante ustedes y se divorcia y alguno de los dos vuelve a casarse, ustedes dicen que comete adulterio. ¿Cómo pueden decir que comete adulterio si saben a conciencia que el matrimonio previo era pernicioso y los estaba destruyendo? ¿Es simplemente porque no les permitieron observar que el matrimonio no funcionaba? ¿Y cómo pueden esperar que podrán controlar tantos millones de relaciones y comprometer a tantas miles de personas en esa tarea de valor dudoso, cuando hay incontables millones de almas que necesitan la prédica del Evangelio e innumerables millones de cristianos que se apartan de Dios porque se los descuida? ¿No es mejor dejar el juzgamiento de los detalles íntimos de las vidas de la gente a Dios y dedicarse a la tarea de llevar el mensaje de Jesús a los millones que necesitan oírlo?

La lógica era apabullante el panel había quedado pensativo mientras Clark hablaba, comprendiendo que en lo que decía había mucha verdad, y ningún rastro de arrogancia o cinismo. Toda su manera, que reflejaba una honda preocupación por la Iglesia y su obra, inspiró la siguiente pregunta.

-Clark, ¿qué idea tiene de la Iglesia?

-La Iglesia es la esposa de Jesús. Es su compañera para llevar el amor de Dios y su solicitud a las vidas de las personas. Es su presencia viva a lo largo de la historia. Y es por esto que debe hacer un gran esfuerzo para mostrar la ternura y la solicitud de Jesús hacia aquellos que sufren en vez de poner el énfasis en su poder legal y judicial que con demasiada frecuencia sólo sirve para atemorizar a la gente y apartar las ovejas de Dios.

El cardenal estaba conmovido, aunque no dijo nada. Se estaba poniendo tenso por la manera como se desarrollaba el interrogatorio, mostraba su incomodidad retorciendo ambas manos sobre sus rodillas. Era un hombre anciano y yano soportaba más esta confrontación tan hostil. Y Clark era distinto del resto. Había en él una bondad y una solicitud que daba sentido a lo que decía. Su intención no era destrozar o echar abajo sino hacer pensar a la gente, y eso era lo bueno.

Uno de los jóvenes interrogó a Clark bruscamente.

-Si tiene tan elevada idea de la Iglesia ¿Por qué es tan crítico?

-Porque me interesa –respondió Clark, fatigado.

-Si le interesa ¿por qué provocó esa agitación en el lugar donde vivía?

Antes de que Clark pudiera contestar, el cardenal, que se secaba el rostro con el pañuelo, sufrió un ataque y cayó. Su cabeza dio sobre la mesa cubierta de terciopelo, con un ruido sordo. Todos se asustaron. Los dos obispos que tenía a su lado se volvieron hacia él, sin saber qué hacer.

En silencio y con calma, Clark se levantó de su banco y se acercó a la mesa, se inclinó sobre el cardenal y puso una mano sobre su cabeza y le acarició el rostro. El brazo izquierdo del cardenal colgaba inerte; la mitad del rostro estaba floja y deformada.

Cuando Clark lo tocó, el cardenal sintió una mano que lo acariciaba, y también que la vida le volvía al cuerpo y la parálisis desaparecía del brazo. Al mismo tiempo llegó el joven teólogo que arrancó a Clark de allí diciéndole:

-Apártese de él y vuelva a su banco- y lo empujó de tal modo que Clark casi pierde el equilibrio.

Ya entonces el cardenal pudo levantar la cabeza y ver lo que ocurría. Sus ojos se encontraron con los de Clark por un breve instante, y el cardenal comprendió. Por su mente pasó un pensamiento: “Dios mío ¿es posible? ¿Puede ser que la historia se repita?”. Y el cardenal se vio a sí mismo en el papel de sumo sacerdote, y al joven teólogo como el sirviente del sumo sacerdote que le da la bofetada en la cara a Cristo. Se sintió avergonzado e impotente.

Ya había percibido algo hermoso en Clark. Había percibido su dignidad serena que casi frisaba en la majestad, pero en ese momento lo comprendió todo. Los otros miembros del panel estaban a favor de aplazar la sesión, pero el cardenal insistió que estaba perfectamente bien. Al decirlo miró a Clark y luego bajó la vista avergonzado.

-La sesión continúa – dijo.

A partir de ese momento el cardenal estuvo a favor de descargar de toda responsabilidad a Clark y trató por innumerables medios sutiles de cambiar la opinión del panel. Pero no tuvo éxito. El interrogatorio se extendió hasta la tarde y entonces, cuando todos estuvieron satisfechos con la información que habían acumulado, el cardenal levantó la sesión.

Mientras todos salían del salón, el cardenal se acercó a Clark y le agradeció. Clark sonrió y le dijo que no se lo dijera a nadie. Uno de los obispos distrajo al cardenal y lo enfrascó en una conversación, de modo que Clark salió solo. Una vez terminado el procedimiento nadie pareció interesarse mucho por él. El interés que había despertado era profesional y objetivo y, una vez cumplida la tarea no se preocuparon más por él, ni siquiera preguntaron si quería comer o beber algo. Era tan sólo un caso. Era otro ejemplo del enfoque casi inhumano de la religión que era el modo de vida de tantos que se habían dedicado a hacer una carrera en ella. Las personas no eran importantes, pero la

lealtad a la institución y la eficiencia en demostrar esa lealtad era importante si uno quería progresar.

El asistente que estaba en el escritorio le dijo a Clark que si lo necesitaban lo citarían de nuevo de modo que debía permanecer cerca de su apartamento. Clark salió a la plaza bañada por el sol y buscó un lugar donde comer.

Después de almorzar, el cardenal Graph hizo una llamada y pidió una audiencia telefónica con el Santo Padre ya que sus decisiones debía consultarlas con su superior. Le dijeron que le volvería a llamar a las cuatro y treinta hora local. Estaba ansioso por contarle lo sucedido.

El Santo Padre fue amable y escuchó con paciencia.

-Santo Padre – comenzó el cardenal-, estoy sumamente afligido por lo que sucedió en el interrogatorio de hoy. Fue distinto de todas las experiencias que he tenido. Este hombre Clark, pareció ser un hombre simple y sin educación, pero cuando lo interrogamos demostró una comprensión profunda de las cosas de Dios y una intuición que, estoy convencido, era inspirada. Comprendo que el informe lo mostrará como crítico de la manera en que dirigimos la Iglesia, pero veo que cada afirmación que hace encierra una gran sabiduría, y quizá deberíamos escucharlo. También tengo la impresión de que el panel se va a pronunciar en contra de él, y tengo la premonición de que si lo hacemos será recordado en la historia como una hora negra para la Iglesia.

El Santo Padre escuchaba lo que el cardenal decía. Había estado ejerciendo su cargo un largo tiempo y cumplía su tarea bien, pero ya mostraba su edad. Siempre había sido un hombre compasivo, pero no se puede dirigir una institución como la Iglesia a partir de la compasión. Tenía que haber orden y disciplina. Cuando el cardenal terminó de exponer, el Santo Padre le dijo que leería el informe con todo cuidado antes de tomar una determinación.

El cardenal Graph comprendió lo que le estaba diciendo y le contó lo que había ocurrido durante la sesión. Lo escuchó cortésmente y con diplomacia le

expuso que en su opinión, aunque fuera importante para el cardenal, no tenía nada que ver con el procedimiento y no debía influir en su decisión. El cardenal Graph preguntó al santo Padre si por lo menos vería a Clark y hablaría con él. El Santo Padre no accedió, ni autorizó su viaje a Roma pero le agradeció al cardenal su preocupación. El cardenal retribuyó el agradecimiento y colgó.

## XVI

El Cardenal Graph procesó el informe de la Congregación.

La votación de censura fue seis a uno. Leyó los detalles del informe. “El joven, John Clark, evidenció una actitud netamente hostil hacia la autoridad que, si se la deja extenderse, perjudicaría enormemente la disciplina y la fe. Su crítica de los obispos, y de los más altos dignatarios de la Iglesia, podría sugerir, si es que no lo indica directamente, un defecto de fe, que puede ser sintomático de la falta de creencia en los fundamentos bíblicos o dogmáticos de la autoridad de los obispos y hasta del mismo santo Padre. Su actitud hacia los miembros del panel parecía apoyar esta observación”.

“La crítica que hace este hombre de las prácticas de la Iglesia muestra una falta de comprensión de las realidades de la vida y pone seriamente en duda la eterna sabiduría y prudencia de la Santa Madre Iglesia. Propagar estas ideas dañaría seriamente la fe y la confianza de los fieles. Aunque parecía sincero, estaba errado y demasiado enojado para ser útil. Aunque sus ideas no parecen ser heréticas son tan críticas de las prácticas y la política de la Iglesia que se podría decir que carece de una comprensión sana de la naturaleza de la Iglesia o de su papel como la autoridad de Cristo en la tierra”.

El cardenal se volvió a la sección de recomendaciones y censuras. Se ordenaba a Clark dejar de hablar de esos temas a los fieles bajo pena de más censura. Se le decía que su actitud carecía de la docilidad y humildad que corresponde a un cristiano laico y que, en el futuro, haría bien en cultivar esas virtudes para beneficio de su propia alma y la edificación de sus prójimos cristianos. Y dado que no había sido instruido en temas religiosos. No estaba

capacitado para hablar sobre esas ideas altamentes teológicas que hacía circular. También se le prohibía comentar los procedimientos sagrados o cualquier cosa que trascendiera durante esos mismos procedimientos bajo pena de excomuni3n. El informe estaba firmado “Cardenal Stephen Graph”.

El informe tena un ap3ndice, escrito por el propio cardenal en el que defenda a Clark con fuerza y coraje. Los incluía en el informe como opini3n de minoría. El informe completo, con la opini3n de la minoría fue enviado al Santo Padre. Al Obispo de la di3cesis a la que pertenecía Gless se le envi3 una copia. En esa copia el cardenal incluy3 una carta personal suya dirigida al Obispo contándole lo que haba ocurrido durante el interrogatorio y lo que le haba pasado a 3l personalmente. Le decía al Obispo que creía que todos los que haban tenido que ver con este asunto se haban equivocado seriamente y que eso no acabaría allí.

Desde que el padre John Clark dej3 la iglesia de Gless, la delincuencia y la violencia aumentaron. La escuela dej3 de funcionar por falta de presupuesto y fueron pocos los residentes que lo recordaban.

Entre esos pocos, Mary, la profesora de la escuela, visitaba al padre Thomas, se reunían y con las personas que estuvieron más cerca a Clark le pedían al padre que les dijera y contara algunas de las cosas que Clark hacía o decía. A veces leían juntos los Evangelios. Sintiéndose honrados por haber sido favorecidos con su presencia.

Muchos años después, corri3 la noticia de los últimos días de Clark y muchos corazones se consolaron o se dolieron al recordar lo que haba tenido lugar durante ese breve y glorioso momento de sus vidas.



Pasé la mirada al cuadro de promoción. El marco dorado aunque incólume, ha perdido en algo su color. El fondo arrugado por la goma que deslizan con el tiempo algunas fotos, hace que no sea ya muy uniforme, pero todavía se leen los apellidos que se inscribieron con tinta china en la parte inferior de cada una.

“Allende, Alvarado, Aquino, Arenas, Arredondo”; he contenido la cuenta y mirando a Pascual le he preguntado si Javier Arredondo Buendía –a quien cariñosamente llamábamos “Bamby” – no ha llegado por el colegio desde que salimos de la promoción.

-No, no joven. Desde que se fue al extranjero a estudiar, no ha venido por aquí, pero sí comentaban que ahora está en Europa, en España creo siguiendo unos cursos de post-grado en psico...

-Psiquiatría ¿verdad?

-Sí, eso que tiene que ver con la cabeza o algo así ¿no joven?...

-Sí, el doctor Arredondo va a curar muchos loquitos: -nos reímos.

Pascual se queda pensativo y después de hacer memoria con los ojos brillantes me dice: “era buen alumno, buen alumno era...”

-Los cinco años excelencia ¿verdad? – pregunté.

-Los cinco años joven y no sólo por chancón sino por inteligente.

He terminado de ver los cuadros, junto a Pascual, y el recuerdo de Arredondo me ha dejado pensativo. Hemos salido, Pascual ha apagado las luces y me ha invitado para que vea el salón de actos, la capilla y hasta el laboratorio, pero la caída de la noche me ha incitado a caminar hasta Jorge Polar, la calle donde Bamby vivía. Al salir, me he despedido de Pascual. El frío de la noche ha empezado a aumentar. He acelerado el paso y después de cruzar la Avenida Independencia he pasado por los parques del distrito de La Victoria y he llegado a la casa donde viviera Arredondo en los tiempos de escuela que me vienen a la memoria.

He tocado la puerta pero me han dicho que ya sus padres no viven allí. La casa que tuviera un color blanco humo, ha sido pintada azul añil. Sus jardines aunque todavía conservados, ya no tienen rosas, ahora se ven más geranios; la puerta tiene ahora una plaquita de metal algo corroído que dice: “Familia Alva Ugaz”. He continuado subiendo y he encontrado las casas donde vivieran varios compañeros y amigos con quienes tuvimos el grupo más loco de la Ciudad en esos años. Todos se han ido. Se han casado. Se han mudado.

El barrio sin embargo, no ha cambiado mucho. Algunos baches todavía se divisan en el asfalto de las calles. Los postes de luz siguen alumbrando tenuemente y hay una quietud desesperante, que contrasta al movimiento en las calles de esos años, cuando el grupo se juntaba para jugar fútbol los fi

cosita, pídemme no más. Me prestaba sus cuadernos de física, química, matemáticas, en los que era trome, cosa que otros no lo hacían.

Y de remate, buen pata, especialmente conmigo, tanto dentro como fuera del colegio. Los fines de semana, en el barrio, buenos consejos me daba, especialmente los del corazón porque siempre tuve problemas. En las fiestas bien que chequeaba a las minas.

Ah... le decía, así que quieres caerle a la Vivi San Román ¿no?, guardadito te lo tenías... y él, tranquilo, a veces le iba y le venía como cuando sopla un ventarrón y uno se mete en una trinchera, se ilusionaba y se apagaba. Sólo una vez lo vi muy mimoso y fue en el baile de promoción. Era buen compañero. En Quinto, quince días antes de finalizar el año, se hizo la elección del mejor compañero y ganó en el salón por amplia mayoría. Sin embargo rehusó tomar la presidencia de la promoción y lo que más temblaba era pasar por líder en el grupo del barrio o que se le relacionara por las mataperradas que hacían los demás. Arredondo –decía el Hermano Director-, ¿sabe usted quienes fueron a la fiesta del Internacional este Sábado? No –respondía-, no Hermano, ¿por qué? Se han quejado al colegio los dueños del local diciendo que un grupito ha hecho destrozos y se pelearon con los del San José.

No crean, cuando del grupo se trataba, sí era leal.

Mentiroso de vez en cuando pero buenamente encubría a quienes estaban acostumbrados a los desmanes los fines de semana, especialmente los del barrio, que estudiaban en la clase y eran medio borrachitos.

A pesar de aquello, siempre se daba sus vueltas por el parque, conversaba, iba a las fiestas con todos y se enojaba cuando algo malo hacían los del grupo, tratando que cambiaran, pero nada, todo siguió su curso y Bamby, aunque no se dio por vencido, tuvo que partir en medio de una despedida que duró varios días y que dejó a más de uno privado.

El frío empieza a perpetar mi piel porque salí temprano sin sacar abrigo. Ya huelo el aroma que el pasto despide con la humedad de la noche, el reloj no

para, el tiempo no perdona, y aunque sé que debo retirarme, he recordado a Bamby, porque aunque él mismo no lo sepa, no le digan que la novela que he empezado, por él la terminé.